

G U I L L E R M O B A R B A

LA
CONSPIRADORA

Diseño de portada: REVILOX / Oliver Barrón
Fotografías de portada: © Shutterstock
Fotografía del autor: © Kpturarte

© 2019, Guillermo Barba

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2019
ISBN: 978-607-07-5545-3

Primera edición impresa en México: febrero de 2019
ISBN: 978-607-07-5554-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

*A mi madre,
ejemplo de voluntad, amor e inteligencia.*

*A todas aquellas mujeres
que han tenido el valor
de luchar por su propia libertad
y la nuestra.*

*In memoriam: Paco Berrondo,
lector apasionado, motivador incesante.*

PRIMERA PARTE

VENTUROSAS CONFIDENCIAS

1808

La angustiada voz de la virreina aún resonaba en su mente mientras daba nerviosas órdenes para organizar el equipaje necesario: debió aprestarse a viajar con toda precipitación, ya que un par de horas antes había acudido al Palacio Real y la misma doña Inés le había suplicado encarecidamente que la acompañase a la feria de San Agustín de las Cuevas. Entre ambas existían lazos de sincera amistad, por lo cual intentó negarse a la petición de la soberana arguyendo que su nena había nacido apenas unos meses atrás; sin embargo, entre más se negaba, más le insistía, mostrando una creciente aflicción que le despertó sospechas.

Entreviendo que le ocultaba algo y que el asunto debía ser de capital importancia, decidió averiguar el origen de aquella mortificación.

—Inés —le dijo humildemente—, bien sabes que soy incondicional a tus peticiones, pero alejarme de mi nena para viajar y divertirme será mal visto por muchas damas, haciéndome blanco de sus críticas.

—Güera, te aseguro que no solicito tu presencia por diversión —dijo la virreina, conteniendo sus sentimientos.

—¿Qué te acongoja? Veo que escondes una pena... Cuéntame. Abrazó cariñosamente a la virreina, quien al sentir el consuelo de unos brazos amigos dejó escapar un ligero sollozo.

—En la feria necesitaré tu apoyo... No puedo decirte más.

Tomó su pañuelo y enjugó las lágrimas que comenzaban a brotar de los ojos de la virreina.

—Cuéntame todo; cuando compartimos la desdicha, nuestros corazones encuentran algo de alivio.

Doña Inés deseaba desahogar aquello que se le anudaba en el pecho, aunque sabía bien que debía callar. No obstante, en un impulso incontenible, comenzó a sincerarse.

—Pueden arribar malas noticias durante nuestra estancia en la feria. Es todo lo que puedo decir por el momento.

—Siempre has confiado en mí; sabes que no te defraudaré.

La virreina la miró angustiada, con el corazón a punto de estallar.

—Has de jurar que no comentarás a persona alguna lo que he de confiarte. —Esta vez ordenó.

Tras escuchar el juramento, doña Inés dio rienda suelta a sus penas, contando acerca de recientes disturbios y sublevaciones en España: ella la escuchó asombrada y sin embargo impávida. Cuanto más avanzaba el relato fue entendiendo que, por lo acontecido en la península, el virrey y aun el virreinato mismo se encontraban al borde del precipicio. El futuro de Inés pendía de un hilo y, según lo referido, el de toda España igualmente.

—Por eso requiero de tu cercanía —le dijo al concluir la narración—; mientras permanezcamos en la feria habrán de arribar nuevas noticias, y de ser tan adversas como las anteriores me será indispensable tu apoyo.

Sorprendida por tan significativa confidencia aceptó acompañarla en el viaje, mismo que realizarían al día siguiente. Y aunque profesaba especial cariño a doña Inés y le preocupaba su porvenir, lo comentado también le producía una razonable alegría: mientras más caos existiera en la metrópoli, mayores serían las oportunidades de dar justa libertad a Nueva España.

Tras seleccionar los múltiples vestidos, elegantes unos y campiranos otros, que debía llevar para los muy distintos eventos sociales del traslado y organizar perfectamente los baúles del equipaje, dejó que Teófila, su fiel sirvienta, concluyese las maniobras. Con la ansiedad a flor de piel y sin importar lo avanzado de la noche, se dirigió a la casona de su hermana Josefa, la marquesa de Uluapa, donde se desarrollaba la semanal tertulia. No podía marcharse sin comunicar la noticia a sus compañeros.

Cuando abandonaba la casa en el carruaje, los asistentes al Coliseo ya habían salido a la calle tras haber presenciado la función teatral de aquella noche; ensimismados en sus experiencias, muchos reían y comentaban la obra con rostros que reflejaban alegría y desenfado. Ella, sin embargo, era presa de una inquietud ingobernable; lo que debía comentar a sus cofrades parecía a todas luces trascendente y el trayecto, de tan sólo una cuadra y media, le pareció interminable.

En el opulento salón, finamente decorado con gobelinos, sólidos muebles de caoba y alfombras persas, los invitados ya habían concluido la cena y tras abandonar el comedor conversaban distribuidos en distintos corrillos, los varones por una parte y, al otro extremo de la estancia, las mujeres, sentadas en elegantes sillas de damasco mientras se abanicaban con gracia.

Las pláticas, en especial la de los caballeros, se interrumpían cada vez que algún sirviente entraba ofreciendo café o coñac, para evitar que se enterasen de asuntos confidenciales. Por eso, cuando el lacayo anunció a la marquesa la llegada de María Ignacia Rodríguez de Velasco, la tertulia se vio interrumpida por unos segundos.

—¡Güera, qué sorpresa! —dijo Josefa dándole un beso de bienvenida—. Pensábamos que ya no vendrías.

—Mañana muy temprano debo partir con la comitiva de los virreyes, pero antes necesito hablar con Manuel.

—¿Se puede saber sobre qué asunto?

—Nada importante —mintió, sabiendo que su hermana no era de guardar secretos—. Un chisme de Palacio que luego comentaremos porque ahora estoy de prisa.

Fue hasta el pequeño grupo, ubicado a un costado de una cajonera con incrustaciones de concha nácar, donde se encontraba su cuñado Manuel Acevedo, marqués de Uluapa, junto a fray Melchor de Talamantes, el marqués de Guardiola y el abogado Juan Francisco Azcárate. Al acercarse descubrió que comentaban la lectura de un libro del filósofo francés Voltaire, prohibido por sus ideas libertarias como tantos otros.

—Soy portadora de noticias —interrumpió de súbito, ansiosa, sin saludar siquiera—. Por favor, apartémonos adonde nadie nos escuche.

Discretamente, el grupo fue hacia un rincón del salón, alejándose a prudente distancia de los demás asistentes.

—La virreina me ha confiado una noticia de vital importancia —dijo con urgencia ante la mirada expectante de los caballeros—. Me ha relatado que aunque Napoleón contaba con el permiso de Carlos IV para transitar por territorio español y así atacar a Portugal, ha dejado regimientos en ciudades tan importantes como Barcelona y Pamplona, con la posible intención de apoderarse de España.

El asombro de los varones fue inmediato: la miraron silenciosos e intrigados. Manuel, su cuñado, de corpulenta figura aunque bajo de estatura, se ajustó las gafas para observarla mejor, como acostumbraba cuando algún suceso le causaba gran interés. Su aspecto era más descuidado que el de cualquier noble porque sus ideas republicanas lo enfrentaban al abolengo familiar, y siendo orgulloso de sus ideales, deseaba comportarse más como plebeyo que como aristócrata.

—El rey, aconsejado por el ministro Godoy —continuó con aire de orgullo al notar que había capturado la atención de los varones—, se trasladó con la familia real a Aranjuez, para de ahí viajar a Sevilla y huir hacia América.

—¡Válgame; tal como hicieron los reyes de Portugal! —exclamó el fraile Talamantes, haciendo patente su crítica.

—Pero el pueblo, al enterarse de los planes del rey, se ha sublevado contra él y muy especialmente contra el ministro Godoy, exigiendo que abdique el monarca y se corone al príncipe Fernando como nuevo rey de España.

—¡Santo cielo! —exclamó el fraile Talamantes.

—Era de esperarse —sentenció Manuel en voz baja—, Godoy cuenta con muchos enemigos entre la aristocracia y el pueblo.

—Desgraciadamente —continuó ella—, las noticias llegaron en un navío sin notificar la resolución de las revueltas, por lo que deberemos esperar el próximo embarque para conocer el desenlace. Pero todo apunta a que Napoleón arrebatará el trono a los españoles.

Al concluir su exposición, los varones, verdaderamente perplejos, prorrumpieron en diversos comentarios al unísono.

—A río revuelto, ganancia de pescadores —bromeó Azcárate, riendo con esos resoplidos que le hacían parecer más obeso de lo que era.

—No hay duda; Napoleón ha invadido a la madre patria para anexarla a su imperio —apuntó Talamantes.

—Lo cual podría significar el primer paso hacia la independencia de Nueva España —señaló Manuel, todavía con rostro asombrado—. Hiciste bien en comentar estas noticias en círculo cerrado, es información reservada y en extremo valiosa.

Azcárate, que se había mantenido pensativo, se acercó a ella y dijo en voz baja:

—Debemos entender esto como un signo divino y aprovechar tu presencia en la corte; seguro que con un poco de astucia y maña podrás averiguar más noticias de boca de los consejeros del virrey, y por supuesto, de la virreina misma.

Manuel y los otros asintieron, convencidos de que contar con oídos dentro del Palacio Real sería sumamente provechoso para la causa.

—Eso es demasiado peligroso —dijo ella en voz baja, con un dejo de recelo—. ¿Qué podría obtener de la virreina, el virrey o cualquier cortesano que ustedes no sepan?

—Mucho más de lo que imaginas. La prueba es que hoy has conseguido información tan reservada que sólo la virreina la conoce.

Nerviosa, clavó sus azules ojos en cada uno de los ahí presentes hasta detenerse en el mofletado rostro de Azcárate y lo cuestionó:

—¿Acaso el virrey no es amigo tuyo, tanto así que pescan juntos en las charcas de Chapultepec?

—Cierto, pero jamás ha comentado una palabra sobre asuntos reservados. Concuero en que ha mantenido esta información en absoluto secreto.

Los observó dubitativa, cavilando en las ideas vertidas por ellos.

Desplegó el abanico y comenzó a refrescarse el rostro. La petición la abrumaba y deseaba poner en orden sus pensamientos, pero le era imposible; la demanda de aquellos hombres la mantenía perturbada, indecisa.

—No tengo el temple para servirles en lo que me solicitan. Es demasiado arriesgado... No creo ser capaz.

—Ingenio no te falta; además, contarás con nuestro respaldo —dijo de inmediato Manuel para tratar de convencerla mientras los otros asentían.

Los cuatro varones escudriñaban con la mirada cada uno de sus gestos. La tenían acorralada, esperanzados todos en una respuesta positiva.

—¿Desean que me convierta en espía y actúe a dos caras, a costa de traicionar la amistad de los virreyes y aun poniendo en riesgo la seguridad de mi familia? —respondió examinando los rostros de aquellos señores.

Un escalofrío recorrió su piel y el estómago se le hizo un nudo entre profundas náuseas. Los hombres continuaban observándola; parecía no tener escapatoria. El nerviosismo invadió cada palmo de su cuerpo, y sin meditarlo más, como si un instinto despertase en sus adentros, tomó la copa de su cuñado y la alzó en un brindis, aceptando la propuesta.

—Sea pues.

Sus escuchas sonrieron satisfechos y la secundaron alzando las copas para brindar al unísono.

No obstante, la Güera no lograba sonreír con sinceridad. Aunque bien entendía la importancia de su colaboración, y que por primera vez sus acciones podrían ser determinantes para alcanzar la independencia, la sola palabra *espía* provocaba que su corazón se estremeciera.

LA CORONA EN DESGRACIA

1808

Antes de que los gallos comenzaran a cantar, mientras la ciudad se mantenía todavía silenciosa, la Güera ya se había levantado, poseída de una novedosa energía. Las tinieblas invadían su habitación cuando a la luz de dos velas comenzó a realizar la rutina que una bailarina italiana le había enseñado y que tan provechosa le resultaba para mantenerse esbelta. Tres meses atrás había dado a luz a la más pequeña de sus cinco hijos, una hermosa nena a quien bautizó con el simbólico nombre de Victoria, y aunque el infortunio la persiguiera haciéndola enviudar a comienzos del embarazo, ahora la vida parecía sonreírle: se percibía más libre que nunca, dispuesta a decidir por su propia cuenta, sin interferencia alguna, siendo la única responsable de cada acción a favor de sus ideas libertarias. Tenía entonces treinta años y contaba con una fortuna considerable, suficiente para no pasar privación alguna por el resto de su vida: poseía haciendas en Dolores, en San Luis de la Paz, otras en los alrededores de la Ciudad de México y alguna tan lejana que jamás la había visitado.

Después de efectuar las flexiones, contracciones y piruetas, tomó un baño en la tina del cuarto de placeres, ya que definitivamente no tendría oportunidad de asearse a plenitud durante el viaje. Al despuntar el sol desayunó con sus hijos en la cocina, arrulló a Victoria por unos minutos y fue a la alcoba después de regresar a la nena a la chichigua para que la amamantara.

El ruido proveniente de la calle ya resultaba estruendoso; entre el rodar de las carretas sobre el empedrado, el continuo chasquear

de los cascotes de caballos y mulos, así como los gritos de los vendedores ambulantes, se producía un estridente pero jovial barullo.

Se atavió con un vestido blanco de corte imperio que mucho le agradaba, elaborado con suaves gasas y tules; lo eligió no por ser la moda del momento sino porque sus vaporosas telas y la ausencia de corsés y miriñaques le aseguraban mayor comodidad para sobrellevar el zangoloteo del viaje. El carruaje, una berlina de su propiedad, poseía buen muelleo en las ruedas, sin embargo, los caminos que conducían a San Agustín de las Cuevas presentaban severos hoyancos, lodazales e imperfecciones en numerosos tramos, muy en especial después de pasar el poblado de San Ángel.

Miró el reloj francés ornamentado con querubines de porcelana posado sobre la cómoda de nogal: eran ya las siete y media, en quince minutos ordenaría enganchar los caballos y cargar el equipaje en la berlina para acudir puntualmente a la cita con la vi-reina. Abrió las puertas del balcón y contempló la calle: casi frente a su casona se hallaba el teatro del Coliseo Nuevo, principal entretenimiento de la ciudad, al que por las noches acudían todas las personas decentes. Siempre le resultaba curioso observar a la gente que se dirigía a la función: ya fuesen en carruaje o a pie, acudían esperanzados en olvidar los penares diarios y contagiarse de alegría y emociones por unas cuantas horas. Pero durante la mañana la calle carecía de aquella magia, resultando similar a cualquier otra.

Sobre el empedrado descubrió a un indio que tiraba de un carretón atestado de tiliches al tiempo que gritaba: «¡Tejocotes por venas de chile!», con lo cual intentaba llamar la atención de clientes que desearan trocar sus objetos usados por los que él acarreaba. Siempre le habían parecido hermosos los pregones de los vendedores, algo muy propio de su patria y tan ajeno a los españoles, los gachupines. La Güera sonrió esperanzada.

Como había una pausa en el tiempo de lluvias, el trayecto hacia San Agustín de las Cuevas se realizó sin mayores contratiempos. La caravana comenzaba con cuatro dragones de la guardia del rey, montados en hermosos caballos, y tras ellos avanzaban ocho carruajes con la comitiva, además de tres carretas que cargaban el

equipaje. La Güera tuvo la fortuna de no hacer el viaje en soledad, al ser acompañada por la marquesa de Selva Nevada, quien poseía en la villa de San Ángel una hermosa casona donde almorzaron brevemente, prosiguiendo de inmediato con la intención de arribar a su destino a la hora de la comida.

La afamada feria de San Agustín de las Cuevas, lugar que los indios llamaban Tlalpan, era celebrada en la Pascua del Espíritu Santo y ofrecía innumerables entretenimientos a los visitantes; en los portales de la plaza central se colocaban rústicas mesas para que el pueblo probase suerte en los naipes y la lotería, pero dando unos pasos más se ingresaba a suntuosas casas de juego para la gente adinerada. La Güera le sacó provecho a todo, jugó lotería, tresillo y hasta albures, y aunque perdió unos pocos reales, salió de ahí esbozando una gran sonrisa: le ganó un albur a don Gabriel de Yermo, uno de los gachupines más ricos y poderosos del reino.

Siempre al lado de los virreyes, asistió al banquete ofrecido por el conde de San Mateo de Valparaíso, a una fiesta campestre organizada por los marqueses de Vivanco, y a una improvisada corrida de toros a las afueras del poblado. Lo único desagradable resultó ser el hospedaje, no porque careciese de lujo y comodidades sino porque los virreyes y sus acompañantes se hospedaron en la casona de la condesa de Regla, íntima amiga de doña Inés, la cual no tenía en buena estima a la Güera: era de carácter adusto y severo, así que las pícaras habladurías y escandalosos chismes que se contaban acerca de ella le molestaban profundamente, razón por la que la trataba con hosca frialdad.

Doña Inés de Jáuregui era veintidós años menor que su marido. Su padre, Agustín de Jáuregui, había ocupado los cargos de gobernador de Chile y virrey de Perú, entre otros, por lo cual su infancia transcurrió entre continuas mudanzas de un país a otro. La ausencia de una morada estable le forjó un carácter adaptable a cualquier situación, además de una predisposición a disfrutar la vida sin demasiados miramientos; gozaba cada día como si fuese el último.

El domingo, tras la misa de Pascua y un generoso banquete en las huertas de los condes de Regla, el virrey asistió a las peleas de

gallos con su séquito. Las damas decidieron no acompañarle porque el espectáculo desagradaba a doña Inés y a varias otras cortesanas, incluida la Güera, ya que los palenques expedían pestilencia a mierda, pulque y sangre, asunto que les resultaba tan repugnante como los aullidos de la concurrencia cuando algún encrespado animal degollaba al rival.

Esa tarde la virreina la pasó en íntima conversación con las otras damas, gozando del agradable clima en el huerto, bebiendo chocolate con agua y comiendo golosinas entre el aroma de los guayabos que tanto la deleitaba; su nerviosismo era patente al comer un pastelillo tras otro, ya que cualquiera de esos días deberían de arribar emisarios de España, lo que se corroboró cuando Juan Francisco Azcárate, quien como amigo del virrey había viajado también, apareció portando unas gacetas de Madrid. Tan pronto saludó cortésmente a las damas, comentó que a media tarde había llegado al palenque un emisario con la correspondencia de ultramar: Iturrigaray, tras abandonar su palco por breves minutos, retornó con rostro contrariado, ordenó a su asistente que leyese la gaceta a la concurrencia y envió a Juan Francisco a informar a la virreina.

Sin ocultar la preocupación que la poseía, doña Inés solicitó a Azcárate que fuese tan amable de resumir las noticias.

—Seré breve, pues Su Excelencia lo solicita: el pueblo español se ha sublevado en Aranjuez. Como resultado de tan lamentable acontecimiento, Su Majestad Carlos IV abdicó a favor del príncipe, quien desde ahora será Su Majestad Fernando VII, Dios le otorgue larga vida.

—¿Y el ministro Godoy? —preguntó alarmada la virreina.

—Siento ser portador de tan funestas novedades; lo han encarcelado y destituido de sus cargos. Además, los ejércitos franceses se han desplegado en varias ciudades para evitar más disturbios... y al parecer marchan rumbo a Madrid.

Doña Inés palideció, y percibiendo que las fuerzas la abandonaban, se derrumbó sobre la silla. Como su esposo había conseguido ser nombrado virrey gracias a la protección de Godoy, desde ese momento estaría desvalido y el futuro de su familia resultaba tan azaroso como los mismos naipes.

—No te preocupes —le dijo la Güera abrazándola—. Con el auxilio de Nuestra Señora de Guadalupe se solucionará todo.

—¡Nos han puesto la ceniza en la frente! —exclamó doña Inés entre lágrimas, dando a entender con ello que los habían sentenciado a muerte.

El día de Corpus Christi representaba una de las festividades más importantes y lucidoras de la ciudad: se acostumbraba realizar una suntuosa procesión con todas las órdenes religiosas, las cofradías, los profesores y alumnos de colegios, la Universidad, y por supuesto los virreyes, la corte, las principales autoridades, los miembros de la nobleza y, para concluir, vistosos carros alegóricos. Además, durante la jornada se ofrecían solemnes misas, danzas, verbenas, representaciones de autos sacramentales y fuegos artificiales que mucho alegraban al pueblo.

La Güera asistió al Palacio Real ataviada con uno de sus más lujosos vestidos: de amplios faldones, corpiño y sedas de profundo azul persa con sutiles bordados en tonos marfil. Confiaba en que su atuendo fuese el más llamativo, porque aunque jamás se atreviera a confesarlo, le producía un especial deleite atraer las miradas de hombres, mujeres y hasta del pueblo llano. Siempre procuraba sobresalir por su elegancia y distinción, superando incluso a la propia virreina; nadie se atrevería a proferir un rotundo *no* a una mujer bien plantada.

Charlaba de nimiedades con el conde de Valparaíso cuando, antes de iniciar los festejos, el virrey apareció ante la comitiva con semblante descompuesto y solicitó la atención general.

—Sepan vuestras señorías que he recibido correo de España —dijo con tono taciturno y decaído—. El ejército del general Murat ha entrado en Madrid con instrucciones de trasladar a Fernando VII hasta el castillo de Bayona para entrevistarse con Napoleón; el pueblo, creyendo que secuestraban al rey, se ha levantado en armas contra los franceses, comenzando una sangrienta revuelta. Dios salve a nuestros hermanos.

Un gran murmullo cargado de consternación se elevó en el patio del palacio. Sumamente preocupado, el virrey continuó:

—Os suplico que realicemos la santa fiesta en normalidad hasta que arriben más noticias. No deberán comunicar nada de lo que he comentado, ya que de otro modo el vulgo podría alborotarse.

La Güera sabía que ocultar una noticia de tal magnitud sería labor imposible, porque los capitalinos amaban los chismes y rumores. Y así fue: ella misma pudo atestiguar cómo las malas nuevas se esparcían velozmente, haciendo que el festejo transcurriera entre el griterío de una muchedumbre iracunda por el secuestro del rey y al mismo tiempo arrobada por la santidad de la fiesta. Sin embargo, cuando por la noche comenzaron las verbenas, después de presenciar los actos sacramentales y los espléndidos fuegos artificiales, ya pocos protestaban.

Pero al conversar durante el transcurso del día con distintas personalidades, ya fuesen criollos nacidos en América o gachupines, la Güera descubrió que una pregunta vagaba de boca en boca: si el rey en verdad había sido secuestrado, ¿a quién debía obedecer la Nueva España en su ausencia? Resultaba evidente que la ausencia del soberano provocaba un angustioso vacío de poder.

Por la noche, reunidos en la casa de los marqueses de Uluapa, la discusión resultó tremenda. Como en otras ocasiones, fray Melchor de Talamantes fue quien más impresionó a la Güera, ya que proponía tomar acciones inmediatas y declarar que, en ausencia del monarca, Nueva España debía regirse por sí misma al conformar una junta con las principales autoridades del reino, en la cual debería incluirse a los criollos.

—Por décadas los gachupines han controlado el poder del virreinato —dijo el fraile con arrebatadas palabras—. Los nacidos en América hemos debido renunciar a la posibilidad de ocupar cargos de mayor importancia, pero ahora podremos liberarnos de su yugo.

Otros recomendaban tener paciencia y esperar. La Güera también pidió mesura, sabía que si bien los sucesos mostraban una gran oportunidad para dar justa libertad a Nueva España, enfrentarse abiertamente a los gachupines podría acarrear funestas consecuencias.

SOBERANÍA POPULAR

1808

Sentada en un cómodo sillón del pequeño y lujoso teatro del Palacio Real, la Güera reía a carcajadas por las ocurrencias de los comediantes. En la obra se había incluido a un mono vestido de general francés con la intención de ridiculizar a Murat —cuñado de Napoleón—, asunto que provocaba constantes risotadas al selecto grupo de invitados. Sin embargo, a media función los comediantes suspendieron sus parlamentos y miraron hacia el virrey, quien en ese preciso momento recibía correo de España. Al leer en silencio las primeras líneas se puso de pie con el rostro desencajado y se alejó de inmediato hacia su despacho, seguido por la virreina y dos de sus más cercanos consejeros.

Tras breves minutos, un oficial entró al salón y solicitó amablemente a los comediantes e invitados que abandonasen el palacio. La Güera, decidida a permanecer y enterarse de lo acontecido, intentó dirigirse hacia donde se hallaba Joaquina de Aranguren, dama que administraba los negocios de doña Inés y vivía allí mismo; sin embargo, el oficial la interceptó a medio camino.

—Disculpad, madame, el virrey ha ordenado que los invitados deben abandonar el palacio.

—No se preocupe, don Jacinto. —La Güera conocía bien al oficial que servía de asistente a don José—. La virreina me ha solicitado que la espere.

—Son órdenes del virrey; no puedo desobedecerlo.

—Ni yo a la virreina, a quien debo lealtad por ser dama de honor —dijo sin inmutarse, prosiguiendo su andar.

—Le suplico que comprenda, madame —insistió el oficial casi rogando, al tiempo que la seguía—, puedo ser amonestado.

—No se preocupe. —La Güera le guiñó en señal de complicidad—; Su Excelencia no habrá de enterarse de mi presencia y, por el contrario, doña Inés sí percibirá mi ausencia... Y ya sabe cómo le molesta ser desobedecida —concluyó al llegar a la silla donde se encontraba la dama—, ¿verdad, Joaquina?

—Nada le molesta más que contradigan sus órdenes, eso lo conozco muy bien yo —dijo la otra, hosca como siempre, sin enterarse bien a bien de qué hablaban.

El oficial, convencido, no realizó más intentos y dejó a las dos mujeres conversando en la sala.

—Ojalá no sean malas noticias de nuevo —dijo la Güera para dar a entender que estaba al tanto de los acontecimientos—. Lo sucedido al rey y al ministro Godoy tiene sumamente afligida a doña Inés.

Doña Joaquina la miró extrañada, sin saber de qué tanto estaba enterada la Güera.

—No se inquiete, me cuenta todo, sin inconvenientes —afirmó con desenfado—. Don José haría bien en conservar su poder, es muy querido por el pueblo —agregó intentando obtener mayor información.

—Eso lo sabe muy bien Su Excelencia, de otra manera no estaría dispuesto a conservar el cargo a como dé lugar.

—Por supuesto. —La Güera se entusiasmó al recibir inesperados detalles—. Los criollos le apoyaríamos sin titubear.

—Pero sepa que don Guillermo de Aguirre y sus compinches le amenazan diariamente —sentenció doña Joaquina con gesto de exasperación—. Para ellos, que don José sea apoyado por los criollos es casi una herejía.

En eso estaban cuando apareció la virreina, pálida y llorosa; ambas se pusieron en pie al mismo tiempo, ayudándole a tomar asiento.

—¡Es una desgracia! —chillaba afligida—. Napoleón ha logrado que Fernando VII y Carlos IV abduquen a su favor.

—¡No puede ser! —exclamó incrédula la Güera mientras doña Joaquina palidecía.

—Parece que José Bonaparte, hermano de Napoleón, será nombrado rey de España —dijo consternada la virreina llevándose las manos al rostro—, y por si fuera poco, los miembros del Consejo Real de Su Majestad se han sometido a los franceses, enviando un comunicado en el cual ratifican en sus cargos a las autoridades de Nueva España y ordenan nuestra sumisión.

—¡Las máximas autoridades de la Corona se han vendido a Bonaparte! —exclamó doña Joaquina, visiblemente contrariada.

—¡Y casi todos los nobles les han secundado! —agregó doña Inés—. Gracias a Dios, el pueblo se ha levantado en armas para combatir a los invasores, y mi esposo, fiel a los monarcas, se ha negado a reconocer el gobierno ilegítimo... aunque ello implique enfrentarse al Imperio francés.

—No te preocupes. —La Güera intentó tranquilizarla—. Entre Europa y Nueva España existe un océano de por medio; ustedes estarán a salvo aquí.

Reconfortó largamente a su amiga y ordenó que le llevaran una infusión de tila para calmarla, aunque con la oculta intención de que se fuera a dormir prontamente. Cuando la virreina se dispuso a recluirse en sus habitaciones, la Güera se despidió, pero en lugar de encaminarse a las escalinatas que conducían a la puerta principal se internó por el pasillo que comunicaba los apartamentos virreinales con el área de gobierno, donde se ubicaba el despacho del virrey.

Casi era medianoche; el corredor se encontraba escasamente iluminado, las salas y despachos vacíos, y las tinieblas reinaban por doquier. A punto de doblar en una esquina para dirigirse a la escalinata que descendía al patio de honor, escuchó unos murmullos que se acercaban: aguzando el oído distinguió la voz de don Guillermo de Aguirre, oidor de la Real Audiencia y gachupín recalcitrante. Prontamente se escondió en la primera sala que encontró, nada menos que el enorme salón de acuerdos totalmente a oscuras, y dejó la puerta entreabierta para escuchar.

—Joder, esto es en realidad alarmante —dijo alguien, y la Güera creyó reconocer la voz de don Miguel de Bataller.

—Los enemigos de la Corona habrán de regocijarse —expresó Aguirre con esa voz chillona que le caracterizaba.

Ambos se detuvieron un instante antes de bajar por la escalinata.

—Ordena a un mensajero que ahora mismo convoque a todos los oidores, nos reuniremos con Su Excelencia a las nueve de la mañana.

Al salir de Palacio, la Güera se encontraba sumamente emocionada; experimentar peligros le producía una embriagadora sensación en la piel, cual escalofrío que le inundaba las venas y vivificaba su ser. En vez de ir a su domicilio ordenó que el carruaje prosiguiera dos calles más adelante, hasta el palacio de los marqueses de Ulupa. Debido a lo avanzado de la noche, su hermana Josefa la recibió visiblemente alarmada.

—¿Qué sucede?

—¡Llama a Manuel! —gritó subiendo las escalinatas—. ¡Traigo noticias!

A diferencia de otras veces, ahora se percibía orgullosa, dueña de sí misma. Se introdujo en el primer salón a su alcance, el del dosel; ya adentro, el mozo encendió unas cuantas velas aunque dejó entre penumbras los finos muebles, los que por estar cubiertos con mantas para evitar su desgaste producían un escenario fantasmal. Pensó en lo extravagante y ostentoso de aquellos «salones del dosel» que todo aristócrata debía poseer para recibir al rey cuando se presentase en su casona: jamás un soberano español había visitado América, y por lo visto, parecía imposible que tal cosa aconteciera.

Aparecieron Josefa y Manuel en ropa de cama, cubiertos apenas con frazadas. Mientras la Güera les refería las nuevas, Josefa se mesaba espantada los cabellos, como si lo sucedido presagiara el fin del mundo; Manuel, en cambio, sonreía complacido de cuando en cuando al tiempo que limpiaba los cristales de sus lentes. Concluido el relato, caminó hasta el trono dispuesto para Su Majestad, también cubierto por una manta y sobre el cual se ubicaba el dosel con los escudos de Castilla y Nueva España.

—Este sitio siempre ha permanecido vacío, y ahora con mayor razón... Seamos sensatos, Napoleón jamás regresará la corona.

—¡Cómo puedes expresarte así cuando Su Majestad está en desgracia! —reclamó Josefa cruzándose de brazos.

—Sé de buena fuente que nuestros monarcas no merecen elogio alguno —interrumpió la Güera—. El padre Ramón Cardaña, quien convivió con ellos en la corte de Madrid, me ha comentado que Carlos IV es débil, fácilmente manejable, y Fernando VII soberbio, ambicioso y traicionero.

—Los monarcas serán unos mentecatos —dijo Manuel con entusiasmo—, pero mientras el pueblo los mire como ejemplos de virtud, deberemos referirnos a ellos con respeto. No podemos contravenir la opinión del pueblo; sin ellos jamás lograremos nuestros propósitos.

A la Güera le sorprendió el exaltado y entusiasta espíritu de su cuñado: arengaba y manoteaba caminando de aquí para allá.

—Se nos presenta una magnífica oportunidad para que los americanos gobernemos nuestra patria libre y justamente —continuó con filosa astucia—. Mañana se reunirán los gachupines de la Real Audiencia con el virrey y seguramente actuarán con vacilación; debemos aprovechar la confusión y proponer una forma de gobierno que permita recuperar los derechos de los criollos.

Detuvo su nervioso andar frente a la Güera.

—Necesitaremos dos favores de tu persona: además de obtener información privilegiada, deberás influir en el ánimo del virrey por medio de su esposa. Como Godoy está en desgracia, y por lo tanto don José también, si le ofrecemos mantener su puesto habrá de inclinarse a favor de nuestra causa.

—Sin embargo, los gachupines combatirán cualquier acción que afecte sus intereses —protestó preocupada la Güera, ajustándose el chal sobre los hombros—. Me he enterado también de que Guillermo de Aguirre y Viana, a quien alquilabas habitaciones años atrás, ahora será nuestro enemigo... y bien sabes de lo que es capaz.

—Ellos son minoría y nuestra ofensiva se basará en las leyes y la razón —clamó Manuel como si fuese una arenga política—; de nuestro lado estarán los miembros del Ayuntamiento de la ciudad y los más doctos juristas. Jamás desenvainaremos las espadas ni cargaremos con pólvora los fusiles, progresaremos sin derramar una gota de sangre.

Ante el efusivo ánimo de su cuñado, la Güera no pudo más que condescender. Pero un mal presentimiento anidó en su alma: todo

el asunto aparentaba ser demasiado sencillo para resultar cierto. Josefa compartía sus temores; lo pudo leer en su adusto silencio.

Manuel era regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México y ostentaba el título de quinto marqués de Uluapa; como de joven fue obligado por su padre a seguir la carrera militar, le enorgullecía haberse forjado una sólida educación autodidacta mediante la lectura, en especial de los libros prohibidos por la Inquisición. Fue tal la influencia que los filósofos franceses ejercieron sobre sus pensamientos que decidió despojarse de cualquier rasgo que denotase un privilegio aristocrático: por ejemplo, suprimió de su nombre el *de* antepuesto a su apellido para constatar un origen noble, firmando como Manuel Acevedo y Cosío. Para muchos aquel detalle era insignificante, pero no para él; con ello declaraba sus creencias republicanas y su fe en la igualdad de todos los hombres. Le enorgullecía que las tertulias organizadas en su casa fueran consideradas, junto con las del marqués de Guardiola, las más cultas y refinadas de la ciudad, teniendo por invitados a criollos de ideas progresistas y libertarias, muchos de ellos colegas del Ayuntamiento.

Tras los sucesos en ultramar su tertulia se fue acrecentando en número e importancia de los participantes, entre ellos hombres tan osados como el abogado Primo de Verdad: junto a fray Melchor de Talamantes y Azcárate, declaraba que la soberanía debía recaer en el pueblo y proponían formar una junta de gobierno, ofreciendo al virrey Iturrigaray encabezarla indefinidamente, para organizar con urgencia la defensa de Nueva España ante una inminente invasión francesa.

—Las leyes de Castilla señalan que, en ausencia del rey, la potestad del gobierno habrá de recaer en el pueblo —decía Azcárate convencido, apuntando a un voluminoso libro que llevaba en la mano.

—Y los gachupines deben someterse a sus propias leyes —le secundaba Primo de Verdad—. La soberanía popular es el fundamento del reino.

Desconocedora de legislaciones, la Güera participaba poco de aquellos alegatos, sin embargo le parecía lógica la propuesta de los

miembros del Ayuntamiento, ya que repetía el esquema utilizado por varias ciudades españolas, las cuales se habían organizado en juntas autónomas para gobernarse por propia mano.

Pero a los gachupines, liderados por Guillermo de Aguirre y su brazo derecho, Miguel de Bataller, les atemorizaba el concepto de *soberanía popular*, entendiendo tras ello los ocultos anhelos democráticos e independentistas de los criollos. En el Palacio Real ella misma había escuchado a Bataller repetir sin cesar: «Mientras exista una mula tuerta en España, esta deberá gobernar a los mexicanos», y aunque ella fingía reír por la ocurrencia, aquella grosera frase le causaba un profundo coraje, el cual iba acumulándose con los días.